

COLON REVELA SUS EXITOS DE COMERCIANTE EN EL MEDITERRANEO

Por Julio Barreiro Rivas

Escritor

Parte 17



Colón continúa relatándome sus aventuras y agrega:

La riqueza pronto fluyó en Lisboa y su puerto se convirtió en el puerto de cazadores de fortunas, empujados por las ansias de riqueza fácil. Por ello, Portugal se expandió desde Ceuta sobre la totalidad de la costa de Marruecos. Fue así como fui contratado para representar una casa genovesa, en Madeira y Lisboa por un genovés de apellido Pessagno, debía comercializar seda, perlas y piedras preciosas, tejidos de oro, plata, azufre, mármol, azúcar, alumbre, harina, pimienta, canela, clavos de olor, nuez moscada, almacigas, azafrán, frutas secas, jengibre, pescado salado, higos, entre otras cosas. Con esta actividad navegué hasta Levante y llegué al fuerte Sao Jorge de Mina, en Guinea, a Islandia y a Irlanda. En este tiempo, establecí un negocio con mi hermano Bartolomé. Aprendí bien el portugués y el latín y por primera vez en mi vida había salido de la pobreza a la que siempre estuve sometido desde niño y mi aspecto había mejora consustancialmente.

Al mencionar Colón que había trabajado con un genovés de apellido Pessagno, el escritor le pregunta:

- *En ese caso, ¿Es este el motivo por el cual todos dicen que usted es genovés?-,* a lo que Colón le responde:

- *Yo nunca dije que era genovés, sólo sí afirmo que antes de descubrir a América navegué por todo el mundo conocido, hasta entonces, por lo que me considero un ciudadano del mundo.*
- *Hay una pregunta que no podría quedarme sin hacerle, ¿Es cierto que usted se casó con una portuguesa de nombre Felipa Moniz de Perestrello, sólo por interés?*

- *Yo conocí a Felipa por primera vez en la oscuridad de una iglesia, en donde los dos escuchábamos misa casi todos los días. Pocas palabras nos bastaron para conocernos, puesto que éramos dos solitarios. Dos jóvenes llenos de pasiones desenfrenadas. Sin que yo pudiera hablarles de los laberintos de mi corazón, sin que pudiera desahogarme de mis pasiones amorosas hacia ella, Felipa me rogó que nos casáramos, porque en Porto Santo había mucho trabajo para mi y muchos negocios esperándome. Pero en realidad, Felipa y yo éramos dos extraños sin nada que contarnos ni sueños que compartir. Yo cargaba en mi equipaje más libros que regalos. A mi sólo me estallaba la imaginación. Soñaba más con oro que con el cuerpo de Felipa y con aventuras, más que con sus labios. Sentía que la mar me llamaba. A pesar de todas estas pasiones, yo me veía todos los días con mi amada Felipa en la iglesia, cuando nos juntábamos para rezar juntos y poco tiempo después, gracias a este amor desenfrenado, nos casamos y nos fuimos a vivir en Porto Santo, donde su abuelo y su padre habían sido gobernadores hereditarios y uno de sus hermanos lo seguía siendo. Allí se llevaba una vida muy apacible e idílica, sólo molesto por la terrible obsesión de aventuras minándome los sentidos. –*

Colón continúa su apasionante historia, mostrándose cada vez más nostálgico al evocar su pasado.

- *En Porto Santo estudié profundamente la Biblia, escudriñé todas las cartas de navegación de mi difunto suegro. Mi suegra, una mujer que comprendía los embrollos de mi alma de marinero, me facilitó todo cuanto guardaba de su marido: sus anotaciones, sus cartas de navegación y sus libros. La exaltación se apoderó de mi espíritu. El encanto del Atlántico y las conversaciones con los rudos marimbeiros, el escuchar el mar tenebroso me asediaba con su ir y venir de las olas, con su olor y sus vientos y todos sus misterios. Yo ya había conocido la carta que el astrónomo Florentino Paolo Pozzo Toscanelli le escribió a Fernando Martins el 25 de junio de 1474 dirigida al Rey de Portugal Alfonso V. Así, que gracias a los nexos familiares que tenía mi difunta esposa con Fernando Martins, pude tener varios encuentros con él y contarle sobre mis fantasías y ambiciones de navegante. Fue así como un día me facilitó leer la carta y ver el mapa de Toscanelli. Alfonso V le pidió a Martins le consultara a Toscanelli cuál era la ruta más corta hacia las Indias. Toscanelli le envió una carta escrita en latín y un plano con minuciosas descripciones, donde le explicaba que en esa ruta existían las viejas Antillas. El Rey no le dio*

importancia a estas teorías puesto que ya se había interesado en las exploraciones de las costas de África. Fue así como la carta y el mapa fueron arrugados en los archivos reales en el fondo del baúl y yo, ayudado por Martins en una de las visitas que le hice, la copié en secreto en las páginas de un libro que siempre llevaba conmigo, la historia “Renin, del Papa Pío II”.

- *Señor Colón – advierte el escritor – También se dice que usted, aprovechando la amistad que la familia de Felipa Moniz tenía con el Rey Joao II, usted le pidió que fuese socio en su aventura, a título personal – A esto responde Colón:*
 - *Si, fue cierto, yo le propuse al Rey que se incorporara a mi proyecto y le planteé que con la ayuda suya a mi empresa podríamos ser socios. Le conté, a mi manera, dónde se encontraban las Antillas y cómo se podría llegar a ellas. El Rey tomó nota de todo lo dicho y me manifestó que lo pensaría, pero secretamente mandó a aparejar un barco con todos los implemento y personal necesario para la expedición y salieron a la mar a escondidas. Al poco tiempo, esta expedición llegó a Portugal desvalida y totalmente fracasada, descubriendo el Rey Joao II que yo había mentido en mis exposiciones. Su furia fue total, al punto que tuve que salir a escondidas de Portugal hacia España antes de que me detuvieran, llevando de la mano a mi hijo Diego.*
-

Al llegar le informan que su protectora, la Reina Isabel, había muerto.

CRISTÓBAL COLÓN LLEGA A SEVILLA EN SU 4^{TO} Y ÚLTIMO VIAJ

Por Julio Barreiro Rivas

Escritor

Parte 18

Después de escuchar con atención todas las historias que el Almirante Cristóbal Colón plácidamente me contaba, las que considero tan importantes y de tanto interés, me pareció conveniente preguntarle la razón por la cual a este continente, descubierto por él, no le llamaron con su nombre, a lo que el navegante, después meditar un rato en ello, me contesta:

- *¡Esta sí que es una pregunta importante! , pues le diré que, en lo adelante, todos los que vivan en este mundo deben saber que la traición salió de Sevilla, mejor*

dicho, del Obispo Don Juan Rodríguez de Fonseca, quien era el Obispo del Palacio de los Reyes Católicos y tenía a cargo las expediciones y negociaciones de estas indias, desde que empezó el descubrimiento de la América, en el año 1492, siendo el Arcediano de Sevilla. Para el entendimiento de todos los que lean este relato, explicaré con más detalles cómo se tramó el cambio de nombre de estas tierras, que en vez de llamarse “Las Colombinas”, se llaman “Americanas”.

Colón, continúa su interesante relato:

- *... sería muy bueno, considerando la injusticia y agravio que Américo Vespucio parece haberle hecho a mi persona, siendo yo el verdadero descubridor, que sin duda no fue otro, ¡sino yo! Los que imprimieron las navegaciones de Alonso de Ojeda, atribuyeron a Américo Vespucio el descubrimiento de estas tierras firmes, y por eso todos los extranjeros que escribieron de las indias en latín o en sus lenguas maternas, pintaron, hicieron cartas o mapas, y le llamaron “América”, puesto que como Américo Vespucio era latino y elocuente, un hombre muy adelantado, supo encarecer el primer viaje que hizo y aplicarlo a sí mismo, dándole su nombre como si hubiese sido él el capitán, cuando por el contrario, él solo era un marinero y Alonso de Ojeda el verdadero capitán de la flota. Lo cierto es que Américo Vespucio era muy conocido, tenía autoridad y nombre por haber dirigido las navegaciones que hizo al rey Renato de Nápoles. Cierto es que de esta forma me usurparon injustamente la honra, el honor y el privilegio, por ser yo el primero que con mi trabajo, sudores e industria, le di a España y al mundo el conocimiento de estas tierras.*

El Almirante, con un extraño brillo en los ojos, sigue su relato de esta forma:

- *... yo siempre estuve informado de todo lo que se estaba tramando en mi contra y para que sepan todos los que lean esta historia, les contaré cómo llegaron Américo Vespucio y Alonso de Ojeda a tomar parte de mi empresa y mi descubrimiento. En todo ese tiempo en que yo navegué en mis diferentes viajes, el susodicho Alonso de Ojeda estaba en Castilla cuando le llegó la noticia de mis descubrimientos, noticia que al mismo tiempo le llegaba a los Reyes Católicos, y que al final, vino a parar a manos del obispo Rodríguez de Fonseca. Ojeda era muy querido del Obispo y así fue como éste se inclinó a enviar a su amigo a hacer más descubrimientos. A Ojeda le fue fácil reclutar gente experimentada; llevó consigo a Diego de la Cosa, un vizcaíno que viajó conmigo tantas veces; al piloto*

Bartolomé Roldán , muy conocido en Santo Domingo y quien me ayudó en la construcción de las casas en aquella isla, fue este Bartolomé quien puso sus pies en el Golfo de Paria, en Venezuela; al susodicho Américo Vespucio, no se si como piloto, como hombre entendido o adelantado de las cosas de la mar o como doctor en cosmografía, pero el rey Renato de Nápoles confesó en el libro de “Las cuatro navegaciones” que Vespucio era un simple mercader que se interesó en mi empresa. Fue así como con el sólo propósito de explorar estas tierras, llamadas por mí “el paraíso terrenal” donde estaba “la fuente de la eterna juventud”, que se juntaron una pocas personas para financiar los viajes de descubrimientos. Se cuenta que Américo fue quien puso más dinero y aunque él siempre dijo que viajaba en nombre de los reyes, la cosa en realidad no era así; lo cierto era que Américo junto con otros comprometidos con el negocio, planearon darle a los reyes sólo el cinco por ciento del oro que fuese encontrado en sus expediciones. Dicho todo esto, es fácil comprender que siendo Alonso de Ojeda protegido del Obispo Rodríguez de Fonseca, Américo Vespucio protegido y recomendado del Rey Renato de Nápoles y yo, Cristóbal Colón, un don nadie, sin recomendaciones ni títulos; pues al Obispo le pareció mejor darle el nombre de las tierras encontradas a su amigo y protegido Américo, aunque este hecho resultara una blasfemia ante la iglesia católica, todos los cristianos y ante el mismo Dios.

“ De esta falsedad o yerro de péndula o lo que haya sido, y de saber bien y por buen estilo relatar, hablar y encarecer Américo sus cosas, navegación y callar el nombre del descubridor Colón y de Ojeda y no hacer más mención de si mismo y escribir al rey en su nombre, han tomado los escritos extranjeros ocasión de nombrar la nuestra tierra firme, América, como si Américo sólo y no otros con él, y antes que todos, las hubiera descubierto. Parece pues cuanta injusticia se hizo si de mi industria se me usurpó lo que era mío. Y con cuanta razón al almirante, después de la bondad y providencia de Dios, que para esto me eligió, este descubrimiento y todo lo sucedido a ello me debe, y como me pertenecía más a mí que se llamara la dicha Tierra Firme: Columbia de Colón o Columbo, el que la descubrió, o la Tierra Santa o de Gracia que yo mismo por su nombre le puse, y que no de Américo, denominarla América”. (Palabras en el castellano original de Cristóbal Colón, tomadas de algunos escritos hallados)

Dicho todo esto, la nao que transportaba al Almirante Colón, ya viejo y enfermo, de su cuarto y último viaje a sus tierras de ultramar, llega a Sevilla y la primera noticia que le dan al llegar es que su protectora, la Reina Isabel La Católica, había muerto.

MUERE COLÓN SIN TENER UNA TEJA DONDE GUARNECERSE

Por Julio Barreiro Rivas

Escritor



Parte 19

MUERTE DE LA REINA ISABEL

La reina ya no estaba para recibirle, ¡La dulcinea de Colón yacía muerta! La congoja era intensa y su desconsuelo, envolvente. Se coloca en la manga derecha del viejo chaquetón una cinta negra, en señal de luto y se dirige a la provincia de Segovia, al Palacio Real, sitio en donde le habían informado estaba el despacho del Rey Felipe.

Fue así como en el mes de mayo de 1505, el Almirante y su hermano eran recibidos por el Rey. Cuenta Colón: *El Rey recibílosle con cara de alegría, cuando mi hermano y yo le besamos la mano, pude ver en su cara una burlona hipocresía, puesto que no se concebía la reciente muerte de la reina con el recibimiento que el Rey me hacía sin la compañía de ésta.”*.

Colón le contó al Rey todas sus aventuras y conquistas, las batallas libradas allá en las tierras de Panamá, el hundimiento de las tres carabelas en Jamaica, la rebelión que logró someter con el argumento del eclipse lunar y la forma tan hostil en que fue recibido, cuando llegó a Santo Domingo. Contó al Rey, con lujo de detalles, que él había advertido a los dos Franciscos (Bobadilla y Roldán), acerca de la tormenta que se acercaba, pero no le hicieron caso y más tarde ocurrió el naufragio de los treinta y dos navíos, donde murieron todos los tripulantes.

El Rey tomó nota de todo lo informado. El relato que Colón le hacía al Rey guardaba mucha semejanza a todo aquello cuanto el Caballero de la Triste Figura le contaba a su escudero Sancho Panza sobre sus andanzas y aventuras, sólo con el objeto de demostrarle su inmenso amor a su amada Dulcinea del Toboso, así Colón contaba al Aragonés sus últimas aventuras y hazañas, sólo que ya su Dulcinea estaba muerta, la única que en verdad y con verdadera emoción y alegría le escuchaba sus relatos.

Después de cumplida la misión de informar al Rey, Colón le pide una recompensa por todos los servicios prestados a la Corona Real de Castilla y Aragón y le manifiesta que su salud está muy deteriorada, por lo cual necesita un retiro físico y espiritual. Asimismo, le participa que está en aprietos económicos y que necesita con urgencia un poco de dinero para seguir subsistiendo.

El Rey toma nota de la información y reclamos de sus derechos que le hace el Almirante, pero estos reclamos entran a una infinita dilación, en virtud de que la petición fue remitida al consejo de descargos, de la conciencia de la Reina ya muerta y del Rey vivo. De estas dos consultas, nada salió, porque el Rey no quiso determinar nada sin el consejo de su hija Doña Juana (“la loca”) y su esposo Don Felipe (“el hermoso”)

Sin embargo, Colón esperó pacientemente las resultas de ésta su justa petición, las que nunca le llegaron. Su conclusión fue que la familia real de Castilla y Aragón estaban al borde de la locura, debido a la nueva situación que le deparaba los descubrimientos de las nuevas tierras hechos por Colón y quien, contradictoriamente, no tenía ni una teja donde guarnecerse.

Colón decide escribirle al Rey una de sus últimas cartas pidiéndole encarecidamente que todos los privilegios que a él le pertenecen, según los acuerdos de Santa Fe, le fuesen entregados a su hijo Diego y que éste fuese puesto como Gobernador en Santo Domingo, donde se encontraba radicado en ese momento. Después de haber hecho todos estos justos reclamos, constituyéndose en la “vergüenza” de Castilla y Aragón, Colón expresa: *La razón de todas mis preocupaciones y congojas al no saber qué hacer con estos despachos es lo que me tiene tan lesionado, al punto de que pienso que esto pronto me llevará a la tumba.*

Colón se retira a un pequeño y lúgubre cuarto. La artritis, la gota, la vejez, la angustia de verse desconsolado y despojado de sus derechos y la aspereza del crudo invierno se conjugan para hacer que a cada hora que pase se agrave más su salud. Recordaba tantas riquezas alcanzadas por su esfuerzo y tesón, pero que ahora todo parecía

haber sido en vano, lo que le traía a la mente aquellos sucesos del Quijote, cuando después de liberar a unos galeotes encadenados, lo apedrearon y maltrataron, lamentándose luego con su dicho: *hacer bien a villanos es echar agua a la mar*.



Fue así como el Almirante y Virrey de las nuevas tierras, viéndose muy enfermo y debilitado, como buen cristiano pidió le fuesen suministrados todos los santos sacramentos, los que recibió con devoción y en santa paz. Esperó el momento de su tránsito de esta vida para la otra y en la postrera hora de su muerte dijo: *In manus, Dominic, Commendun Spíritu Menú...* Y murió en Valladolid, el 20 de mayo de 1506, mismo día de la Ascensión del Señor. Llevaron su cuerpo a las Cuevas de Sevilla, en el Monasterio de Los Cartujos, hasta que en 1537 fueron trasladados a la ciudad de Santo Domingo, hoy República Dominicana.



MUERTE DE CRISTÓBAL COLÓN



TUMBA DE COLÓN EN SEVILLA

EL ESPÍRITU DE COLÓN EN UNA VIEJA HABITACIÓN EN VALLADOLID

Por: Julio Barreiro Rivas

Escritor

Parte 20

Al enterarse el autor y escritor de estos reportajes acerca de la muerte del Almirante y Navegante Don Cristóbal Colón, quien contó con lujo de detalles el mare mágnum de las aventuras y Odiseas vividas por el viejo marinero genovés; pero antes de

dar por terminada esta historia, sentí la necesidad de mantener con el Navegante una imaginaria conversación, para que me aclare ciertos episodios y sucesos que hasta el presente está el incógnito, que estoy seguro, que todo lector quiere saber, para ello me trasladé imaginariamente por las Antiguas, tierras castellanas y andaluzas, en donde se desarrolló parte de ésta histórica Odisea.



En Sevilla y Cádiz me informaron que el viejo Almirante se había retirado a Burgos o a León, pero cuando visité estos lugares me informaron que el viejo marinero Antillano se había enclaustrado en una mugrosa habitación en Valladolid. Una vieja, antigua y estrecha callejuela con unos faroles adosados a los muros de las viejas casas, que más que irradiar luz, propagaban sombras que parecían salir de ultratumba. Todo este ambiente misterioso, frío y fúnebre, estaba acompañado por una espesa y húmeda neblina, que aunada a la oscuridad de la noche y el intenso frío formaban un conjunto de cosas de una tenebrosidad tan grande, que solo le faltaba la presencia de unos aulladores y hambrientos lobos y de unos gatos negros espantados, para tener la sensación de estar en la antesala al mismísimo infierno.



Una casona de paredes muy anchas y grandes piedras, una vieja puerta de tablones muy pesados y carcomidos, provistos de clavos oxidados, con un pequeño postigo con un arcaico picaporte, eran las características de la dirección indicada en donde se hallaba el viejo Almirante. Me bastó tocar el pesado hierro una sola vez para sentir unos sordos y arrastrados pasos que se acercaban. El postigo se entreabrió como evitando que el frío se colara al interior. Una voz muy ronca y lenta se dejó escuchar:

- *¿Quién me solicita?*-, yo contesté diciendo:

- *¡Soy yo!, deje usted que pase a su aposento para compartir con su persona-*. Colón me abre la pesada puerta, y dice:

- *Pase usted-* y se retira lentamente para recostarse en un viejo camastro.



Un silencio total invade la estancia y la atmósfera. Yo tomo asiento y me dispongo a escuchar atentamente al viejo anciano, que un poco antes había visto caminar muy lento, por aquella pequeña pero acogedora estancia. Ya era muy entrada la noche y en la penumbra se escucha su voz grave por naturaleza, pero suave y melodiosa. Cuando ha definido intenciones anhelantes y esperanzas, Cristóbal Colón es afable y comedido, cuando no aparenta que llora ni tiene nada que perder. Si algo lo llega a

emocionar, sea la alegría o el enojo, entonces los sonidos de su voz se le enredan en la garganta y se le vuelven un nudo, una mezcla de dialecto o de vocablos que nunca ha podido pronunciar bien y no se sabe si finge o si está intentando utilizar sus ardidés o sus habilidades de persuasión, su inefable poder de convencimiento.

Su rostro es un entorno borroso indistinguible, aunque a veces la luz palpa su nariz aguileña y resplandece sobre su pelo desdentado. Escucho sus primeras palabras como salidas de ultratumba:

- *Señor escritor, dígame a la gente en sus reportajes que yo no quiero que me agradezcan, sino que me olviden, que es el único homenaje que merezco y el más honroso-*.

Al escuchar aquellas palabras, me quedé en absoluto silencio, limitando sólo mi atención al ambiente presente. Era una diminuta habitación de paredes de piedra; el piso de baldosas rojas muy opacas y desgastadas. En un extremo, una tosca mesa, muy pequeña y abrumada de libros, mapas y otros papeles. Sobre la misma, un cabo de vela que desprendía más olor a sebo quemado que claridad. Un catre cubierto por una áspera manta de lana cruda, de color indefinido y con remiendos aquí y allá y dos sillas incómodas, pero agradables a la vista, constituyen el total del mobiliario.

Cristóbal Colón siente frío; tiene llagas en los pies, en los tobillos y en las muñecas. Un rosario con las cuentas desgastadas pasa lentamente de una mano a la otra, cuando no está gesticulando. A veces grita, después se queda pensativo y murmura un largo recitativo en latín, dando gracias a Dios y a la Virgen. Son pausas que aprovecha para rezar, para continuar una interminable plegaria, que comenzó cuando la idea del descubrimiento aun era nebulosa y se repetían los percances y las equivocaciones. Y el puerto tan anhelado se extraviaba en el horizonte....

Una voz muy fuerte y triste se escucha en la estancia:

- *¡Non, doto en letras de lego marinero de hombre mundanal!, ¡Cristiano a mucha honra!, ¡Ese soy yo!, ¡El Almirante de la mar Oceánica! ¡Colonizador de América! Colonizar viene de Colón, no por lo que hice, sino por la voluntad de la Providencia. Yo llevé a Cristo a las tierras de Ultramar. Algún día, miles de millones de cristianos poblarán las tierras americanas. Sin duda. Mi nombre “Cristóbal” la Divina Providencia lo eligió como símbolo del Cristianismo para el nuevo continente. ¡Yo, Cristóbal, el Colonizador, tal vez haya sido elegido como el nuevo Mesías, para ofrecerle a la humanidad un nuevo mundo que no conocía!-*

En el próximo reportaje le contaré sobre una imaginaria conversación sostenida con el Almirante Colón, que estoy convencido que si la lee con atención, le será de mucho provecho y enriquecimiento cultural. Si quiere ver más del autor haga clic aquí. www.farandulo.net

